

# La Esfera de Papel art@s

PINTURA  
ESCULTURA  
FOTOGRAFÍA  
ARQUITECTURA  
CÓMIC

'CON LOS OJOS...'  
JULIAN  
BARNES  
328 págs. Anagrama.  
19,90 euros.



EN  
SA  
YO

El novelista Julian Barnes (Leicester, 1946) llegó al arte por azar, por accidente, por extra-  
vío, porque sí. Estudiaba en París y allí comprendió que la modernidad también sucedía irremediamente dentro de los museos y de las galerías, en las calles, en las tapias y en cualquier lugar donde el hombre pudiera decir lo que ama, lo que rechaza. Estudiaba en París, con veintipocos años, y de la fogata de las vanguardias quedaba más que un surco de ceniza.

París en los años 60 tenía su caldeada y cruda realidad espejeando también en el arte. Ahí se enclavó Julian Barnes, el escritor posmoderno, el lexicógrafo, el crítico de cine. Fue levantando una obra en paralelo a su narrativa donde artistas, cuadros, esculturas y movimientos se hilaban con puntadas de talento, de reflexión certera, de asom-

bro, de preguntas (sobre todo), de algunas luminosas certezas.

El material que despliega con notable entusiasmo está reunido en un volumen estimulante, *Con los ojos bien abiertos* (Anagrama). Ensayos sobre arte que tienen la francofilia como eje y que repasan algunos de los momentos (o creadores) principales de los siglos XIX y XX, ahí donde Barnes cifra su insistente foco de atención, encomendándose a sí mismo la singular tarea de gozar mirando.

Géricault es el primer convocado. *La balsa de la Medusa* (1819), con su drama, su escasa esperanza, su épica de naufragos, es casi un relato. Un relato extraordinariamente literario. Pero como hace a lo ancho de los ensayos reunidos, Barnes no se queda en la narración, sino que abunda en los destellos propios, en la libertad de lectura sin reverencia. A su manera. Ensan-

chando un cuadro, una zona o una mancha de la tela a capricho, sin perder la armonía de contar.

Delacroix, Courbet, Manet, Cézanne, Redon, Bonnard, Vuillard, Vallotton, Braque, Magritte, Oldenburg, Freud, Hodking... Son algunos de los convocados por Barnes. Y a cada uno le dispensa su sitio, lo enlaza con su tiempo y extrae su singularidad contra todo aquello que en el arte hay de prefabricado. No amplifica, sino que fija. Y tampoco condena a los artistas o sus obras al inventario de sensaciones insasibles ni a un hospicio de utopías alegóricas, sino al rigor de una forma de comprenderlos. La suya.

La selección es tan caprichosa como identitaria. No se escoge para dar lección, sino para remachar filiaciones. Para compartir estéticas. Aquí la crítica de arte está descartada. El propósito es más excitante, más cercano. Barnes es dema-

siado lúcido para creerse propietario de una sola forma de mirar. Incluso de una sola patente de error.

Antes que tesis hay aquí vida y «un triunfo del detalle relevante», dice. Porque saber de pintura es eso, fijarse en la superabundancia de lo que no se ve. Es algo más que describir lo visto para encontrarle sentido al arte en medio de una catástrofe, de la placidez, o de la nada. Sin olvidar que escribir es escoger, arriesgar, no aceptar lo irremediable: «La primera época de Vuillard es una de las explosiones artísticas más importantes y completas de los últimos 200 años». Es una

sentencia tan válida como inútil. Es una verdad tan real como falsa. Pero es lo que Barnes quiere decir. Y con eso basta.

El realismo, el impresionismo, el fauvismo, el cubismo, el surrealismo o la abstracción no sólo dibujan un itinerario de modernidad, sino que proyectan su sombra sobre la pared de la Historia. Un movimiento sucede a otro en un orden máximo, según afirma Julian Barnes, pero dentro de esa jerarquía el comportamiento de creadores y obras es totalmente diferente al acostumbrado. En arte las cosas también suceden (a veces) porque sí. El desconcierto de la modernidad, tan formalizada hoy, es también una trampa despiadada de desorientación y reajuste. Barnes renuncia al enfoque frontal y el resultado es una escritura ondulante, alejada de cualquier voluntad de luz artificial. Es decir: a mucha distancia de cualquier academicismo, tan inexpressivo, tan de control y exclusión.

A lo largo del volumen adquiere intensidad el contagio de una manera de hablar y decir la pintura, una expresión sostenida e intensa más que sobria. Porque aquí se está en contra de mirar una ventana sin vivirla. También de la concentración de conceptos. Barnes rechaza el papel involuntario del espectador para reivindicar complicidad con lo que sucede. Igual sucede ante una pieza del delicadísimo Bonnard que ante el gesto profético en la figuración de Lucian Freud. Y, como algunos de estos artistas, tiene muy claro lo que se propone, intentando, como ellos, no poner límite a nada. Y sin olvidar las biografías, que afectan irremediamente la manera en que miramos. Incluso en que debiéramos mirar.

Porque el arte es eso: una inmersión en nosotros mismos.

## JULIAN BARNES

### La novela del arte

El narrador británico despliega sus ensayos sobre pintura en 'Con los ojos bien abiertos', un conjunto audaz de textos que dan cuenta de una pasión por el arte que es una pasión por la escritura

POR ANTONIO LUCAS